

tas de la Tesorería siempre que se pasaba á las filas del gobierno con armas y bagajes.

De todas maneras, Juárez era rencoroso y no dejaba de aprovechar cualquiera circunstancia para ejercer una venganza, siempre que pudiera tener una apariencia de justicia. No había entonces llegado el descaro de los mandarines hasta la flagelación ó el asesinato decretados mas tarde contra los que molestaban la quietud de los gobiernos, y sin embargo era ingrata la tarea de ser escritor opositorista.

Al combate! exclamé una vez resuelto, aunque conociera los inconvenientes, y empuñé de nuevo la pluma.

CAPITULO III.

"EL MENSAJERO."

El día 1º de Enero de 1871, apareció el primer número de la 2ª Epoca del *Padre Cobos*, el cual fué saludado con entusiasmo por el gran partido liberal que formaba entonces la oposicion.

El *Monitor* se manifestaba tambien un poco anti-gobiernista y lo adopté por compañero y aliado, yendo á la imprenta de Garcia Torres, como en la primera época, á arreglar la impresion de mi bisemanal. No sabía entonces que aquella era en México la casa mas cara y la mas exigente.

Por mas que mi periódico se vendiera extraordinariamente, los gastos eran fuertes y había que esperar algunos meses para que llegaran á la capital los rendimientos de los Estados, por cuya razon empecé á verme muy apurado de recursos ya en el tercer número.

La lucha que entablé entonces conmigo mismo fué titánica: ya había mandado al empeño lo poco de valor que quedaba en mi casa, ya había tanteado la magnanimidad de García Torres y le había encontrado inflexible: no solo estaba resuelto á no imprimirme el número 5 si no liquidaba la cuenta de los anteriores, sino que ya me había mandado sacar una cita judicial, la primera que había recibido en mi vida; y sin embargo, estando publicados los primeros números del *Padre Cobos*, tirado el guante al poder, había que continuar publicándolo á todo trance, costara lo que costara, ó me hundía en el ridículo y en el desprestigio. No diría el público que se suspendía la publicación por falta de dinero, sino porque el gobierno había comprado mi silencio. A la vez que aprovechaba todos los momentos para hilvanar décimas y sonetos y componer cuentos chistosos, recorría las principales calles de la ciudad esperando que me cayeran los recursos que me habían de venir del cielo, y solo del cielo podía esperar el socorro, porque ya había tocado á todas las puertas amigas, ya había recurrido á todos los espedientes, ya había ensayado todos los medios sugeridos por una fantasía aprisionada en medio de la miseria; y todo, todo había resultado inútil. No solo no podría ya publicar el número 5, pues en el 4.º era en donde estaba atorado, sino que pronto aparecería en mi casa el agente de la justicia para embargarme algunos libros y unas cuantas existencias de periódicos que tenían un valor relativo.

Cualquiera otro hubiera apelado al suicidio en mi

situación, abandonando en el borde del abismo á una mujer jóven y á unos inocentes niños que necesitaban tener un pedazo de pan que llevarse á la boca yo esperé y confié.

Volví á casa rendido de cansancio al oscurecer, sin haber podido dar desarrollo á ninguna de mis combinaciones, y pasaba meditabundo por la plaza del Seminario. La música y los gritos de alegría que salían de un jacalón improvisado allí, me sacaron de mi ensimismamiento. Los gritos se repetían y la música era provocadora: yo tenía el alma en el cuerpo. . . . sabía que allí se cantaba y se bailaba, que estaban causando furor Caritina y Poyo y quien sabe cuantos otros mas y. . . . yo debía ver aquello cómo periodista jocoso para inspirarme en los chistes de la zarzuela.

Me detuve al frente del jacalón que estaba rebosando de gente y me dije interiormente:

—Yo debo entrar á ver este espectáculo.

En seguida dirigiéndome al primer vecino le pregunté:

—¿Cuanto vale la entrada á esta diversion?

—Un real, me contestó.

Metí la mano al bolsillo y encontré justamente el real que se necesitaba: ni un centavo mas.

Me llegué á la ventanilla en donde se estaban espendiendo los boletos con mi real en la mano; pero allí me vino un súbito pensamiento: en mi casa no había tampoco dinero. Acaso mi esposa, que sabía sacar recursos á cuantos trebejos podían utilizarse, en esta

vez se había estrellado ante el vacío que ya nos rodeaba.

—No, no es fácil que se haya conseguido dinero, murmuré y me volví á meter mi real en el bolsillo.

Estuve todavía algunos minutos detenido frente á aquella provocativa y ruidosa diversion, como hombre que espera con desenfado á que se despeje la entrada para no ser atropellado. No solo con indiferencia sino con desden miraba yo á los que salian riendo á carcajadas y celebrando las ocurrencias de los artistas.

Cuandô llegué á mi casa dije á mi mujer entregándole aquel real tentador que me causó tan buenos martirios por algunos minutos:

—Toma: aquí tienes el gasto de mañana.

Ella tomó la moneda en silencio y se alejó de mí para atender á los niños, mientras yo me eché vestido en algo que había en mi habitacion que me servía de cama, de escritorio y de biblioteca: en mis colecciones de periódicos.

Al día siguiente la portera me entregó una tarjeta que había olvidado darme la noche anterior. El Sr D. Justo Benitez había estado á buscarme y no encontrándome me dejó un recado citándome para las nueve de la mañana del siguiente día. Eran las ocho, de suerte que todavía era tiempo de acudir á la cita.

El corazón mio, como el corazón de todos los que esperan algo bueno de lo imprevisto, me aconsejaba que fuera á aquella cita, en donde podría estar encerrado todo mi porvenir.

Por primera vez conocí en el modesto palacio del Sr. Benitez, á hombres eminentes que llevaban estos nombres: Ignacio Ramirez (el nigromante), Manuel M. de Zamacona, Jesus Alfaro, Eleuterio Avila, Felipe Buenrostro, Manuel Mendiola etc., etc. Todas aquellas personas formaban la redaccion del *Mensajero*, órgano del partido porfirista y habian recibido igual cita para encontrarse allí á aquellas horas, con objeto de dar al diario prudente organizacion toda vez que acababa de establecerse.

Me presentó el amo de la casa á todas aquellas eminencias, me señaló un asiento y en seguida sin muchos preámbulos me dijo: «La redaccion del *Mensajero* ha tenido la vista fija en el periódico que vd. escribe tan magistralmente con el título del *Padre Cobos*, ha calculado que ninguno como vd. podrá redactar una gacetilla chispeante y variada y ha acordado por fin hacerle alguna proposicion para que se venga con nosotros.»

Todos aprobaron y siguieron haciendo elogios de mi pobre publicacion, sin conseguir ni así que me brotara un raudal de lágrimas. Me mantuve firme en mi puesto, contesté á todos con verdadera modestia porque nunca me ha gustado ser farsante, y luego dije á Benitez de modo que no conociera que estaba sediento de que se verificara el arreglo que me proponía.

—¿Bajo qué condiciones?....

Aquí abrí los ojos de seguro desmesuradamente.

—Nosotros no tenemos dinero para pagar á vd. un sueldo de dos ó trescientos pesos....

Volví á llenarme de sorpresa.

—Que era el que correspondería á una pluma como la de vd.

Siguió diciéndome todo aquello que concurría á notificarme que la opinion era allí la de que yo era un periodista de primo cartello, encantándoles más que fuera antiguo partidario del general Porfirio Diaz sin conocerle. Era el mas barato y el mas desinteresado de sus partidarios: un partidario tan platónico, como lo seguí siendo todavía por un largo número de años. A cambio de un sueldo que no podía pagarme el círculo porfirista, Benitez me ofreció la impresion de mi *Padre Cobos* en su establecimiento tipográfico y quedaria así un poco mas ó menos compensado mi trabajo. Todos allí escribian gratis, y yo como porfirista de los mas entusiastas debia hacer lo mismo, pero como no era diputado ni tenia bienes de fortuna como los demas, y por otra parte mi trabajo iba á ser constante y obligatorio, quedó aceptada la base propuesta.

La planta y el tiro de mis dos números por semana podian importar al mes unos sesenta pesos, no era gran cosa, pero salia de las terribles garras de Garcia Torres que me atornillaba sin ninguna comisceracion, y desde ese momento me consideré salvado. Podia comer tranquilamente durante dos ó tres meses que era todo lo que necesitaba para recibir mis productos de suscripciones de fuera de la capital.

Desde ese mismo dia quedé en posesion del *Mensajero* con amplias facultades, como secretario de la

redaccion, para quitar y poner lo que me pareciera conveniente: quedaba á mi exclusivo cargo toda la gaceta y el cuidado de dar sustento á todas las demas columnas lo mismo que al folletin del periódico.

El trabajo era arduo ciertamente, pero no me acobardaban ni las mas rudas tareas en aquella edad y yo lo acometí con entusiasmo. Un oficial, amigo leal del general Diaz, que habia seguido su suerte, se encontraba en la capital sin colocacion como todos sus amigos, y Benitez quiso favorecerle dándole un pequeño sueldo porque desempeñara las funciones de *reporter*. Nunca he vuelto á conocer un *reporter* mas activo, ni mas puntual, en mis publicaciones sucesivas: Ramon Torres, este es el nombre de ese buen amigo que en parte por necesidad y en parte como partidario nos ayudaba en esa línea con empeño, se llegaba á mi habitacion á las nueve de la mañana ya con una buena lista de noticias, ordenábamos su redaccion, y volvía á recorrer los sitios públicos para llevarme mas tarde otro repuesto de noticias. Ese inteligente amigo disminuyó mucho las dificultades que yo pude haber tenido en un principio para hacer una buena gaceta. Esto hizo tambien que alcanzara fama el *Mensajero* y que llegara á ser con el tiempo uno de los diarios mas solicitados del público de la capital y de los Estados.

Entonces tuve que distribuir mi tiempo de esta manera: de nueve de la mañana á tres de la tarde *Mensajero*; de las tres á las seis comida y descanso; de las seis á las ocho de la noche *Padre Cobos*; de las ocho

en adelante diversiones, pues como gacetillero estaba obligado á verlo todo para hablar lo mismo; y otra vez por la mañana al trabajo de las seis á las ocho, que dedicaba á estudios mas serios. Se puede por lo mismo decir que en esa época, fuera de las seis horas del sueño y las dos ó tres horas dedicadas á las seis horas del sueño y las dos ó tres dedicadas á las horas de comer y á tomar ligeros descansos, trabajaba de un modo asiduo catorce y diez y seis horas diarias.

Vuelvo á decir que me parecia leve el trabajo comparado con la satisfaccion de estar alternando con las eminencias del partido porfirista, al cual habia yo contemplado desde lejos como un gigante, y con la satisfaccion mayor aún, de ver á mi familia pasando una existencia modesta pero llena de tranquilidad, confiado quizás en un porvenir mas lisonjero. El hábito fué poco despues concurrendo en mi ayuda, hasta que vinieron á hacerseme fáciles tanto las tareas de escribir artículos y gacetillas razonadas y serias, como las de dedicar sonetos á D. Benito Juarez y su ministerio, lo mismo que una andanada de pullasen prosa y verso todos los jueves y domingos. El buen humor no me abandonaba ni un momento, y podia sin dificultad hacer diálogos, letrillas y apuntes de caricaturas á cualquiera hora del dia ó de la noche.

Hasta entonces los partidos antijuaristas no habian tenido organizacion ni se habian hecho temibles. Puede decirse que Juarez no se habia visto molestando en el poder sino por unos cuantos revolucionarios

que se habian dado un buen frentazo creyendo que todavia surtian efecto los golpes de mano y los pronunciamientos en cualquiera ciudad de la República. De esta manera fué como se habia espantado á los Presidentes anteriores y como se habia derribado á otros gobiernos; pero de esta manera tambien fué como se sostuvo mejor D. Benito Juarez. Conocia el método, de suerte que no tuvo que hacer mas sino rodearse de medidas preventivas: estas fueron una buena policia que le denunciara á los conspiradores, un regular ejército mandado por gefes en quienes pudiera tener plena confianza, un ministro de la guerra poco escrupuloso para deshacerse de los enemigos en el patíbulo ó por medio de la *ley fuga* que se puso en vigor entonces, y sobre todo no espantarse aunque fueran dentro del mismo palacio los pronunciamientos.

Desde que se estableció el *Mensajero*, que vino á ser el Cuartel Gral. del *Padre Cobos* y las demas guerrillas que andaban diseminadas por toda la República, ya el partido de la oposicion, mejor dicho, el porfirismo, comenzó á precentar un aspecto formidable.

El *Mensajero* sirvió, pues, para dar á conocer las virtudes republicanas del general Porfirio Diaz, cuyas glorias permanecian sepultadas por sus enemigos en un rincon de Oaxaca; el *Mensajero* sirvió para elevar por encima del mismo nombre de Juarez el nombre de aquel Cincinato mexicano que estaba labrando la tierra con sus manos en su hacienda de la Noria; el *Mensajero* sirvió para presentár ante el pais á un

partido fuerte y organizado que se llamaba el partido porfirista; el *Mensajero* sirvió para barrenar el arraigado poder de Juárez y el *Mensajero* sirvió en fin para publicar todos los crímenes políticos del gobierno y dar una bandera á la revolucion.

CAPITULO IV.

CARGOS.

Ahora vamos á particularizar algunos hechos que fueron los que vinieron á hacer inevitable esa revolucion.

Desde el mes de Enero de 1871, comenzaron á notarse los preparativos que hacia el gobierno para la lucha electoral, que se anunciaba un tanto cuanto borrascosa, vista la actitud de semi-organizacion que presentaba el partido porfirista. Se pasó una revista concienzuda á los gobernadores de los Estados, teniéndose mucho cuidado de echar á pique á los que se encontraban tibios ó poco dispuestos para apoyar la nueva eleccion de D. Benito Juárez. Esto parecia á algunos monstruoso, considerándose que ya dicho presidente llevaba mas de diez años en el poder, y que aunque le debian grandes servicios la democracia,